

Contos

KAREN RODRÍGUEZ ARIAS

Facultade de Humanidades
Universidade de Santiago de Compostela

CARRERA SIN META

Los gritos me despertaron. Mientras el cielo se mostraba como una enorme herida abierta, jirones de nubes se deshacían ante mis ojos.

Abajo, en el suelo, se desataba el caos.

«¡El monstruo!», chillaban una y otra vez.

Todo el mundo corría, así que hice lo único que podía hacer: imitarlos. Mis piernas me rogaban que fuera más despacio mientras mi corazón me gritaba que era demasiado lento. No había visto al monstruo, pero olía el miedo que se extendía como una película de alquitrán, oscuro y difícil de limpiar. ¿Qué clase de criatura sería capaz de aterrorizar a tanta gente?

Cientos de personas seguían corriendo, a una prudente distancia de mí, pero eso no me impedía ver sus rostros congestionados por el terror, sus ojos observándome con aquel miedo de no saber si seguirían respirando durante el próximo minuto. Muchos gritaban al verme; otros corrían más rápido. Tal vez mi propio rostro reflejase el mismo pánico que inundaba el de ellos. Me pregunté si mis gritos sonarían tan fuertes como los suyos.

«¿Por qué corremos?», quería preguntar, pero mi voz se moría cada vez que lo intentaba. «¿De quién o de qué estamos escapando?»

Un niño sujetó mi mirada, frenando mi avance. Poseía mi rostro, pero en sus ojos no fui capaz de leer nada congruente. Un nuevo latido me atravesó, más fuerte que los anteriores, y sentí que su inocencia pueril se estaba quebrando en aquel momento. Su madre le gritaba mientras tiraba de su mano, intentando que reaccionase. El niño por fin lo hizo, rompiendo a llorar y volviendo a correr, alejándose de mí hasta que ambos se hicieron diminutos, convirtiéndose en invisibles.

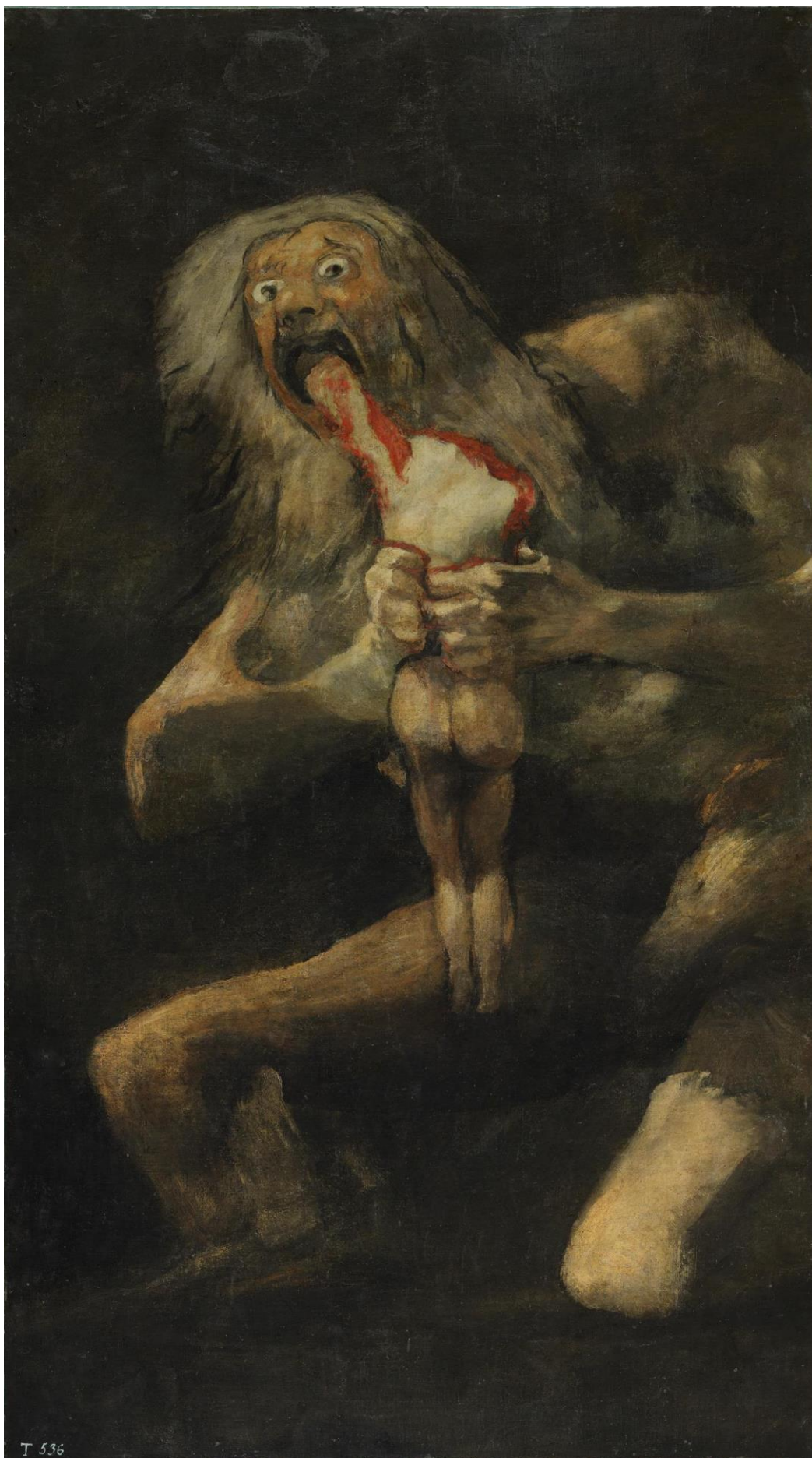
Un hilillo descendió por mi frente y me limpié el sudor. Fue entonces cuando descubrí la sangre pintada en mis manos, la misma que manchaba mi ropa. Me palpé el cuerpo con urgencia, en busca de una herida que no existía. Entonces los engranajes de mi mente giraron en sentido contrario y el aire abandonó mis pulmones.

Ya no sirve de nada correr: no puedo escapar de mí mismo.

Me rompí en pedazos afilados, demasiado horribles para que nadie quisiera sujetarlos ni recomponerlos. Jamás creí que algo así podría ocultarse bajo mi propia piel.

Ahora ya tenía la respuesta que tanto ansiaba. Un líquido distinto enfrió mis mejillas: las lágrimas corrieron ahora que mis piernas parecían incapaces de hacerlo.

Permanecí inmóvil, empapado. Era como si la sangre me hubiera caído del cielo. Mi propio grito fue el que me despertó.



T 536
Francisco DE GOYA, *Saturno devorando a su hijo* (1819-1823)

EL BOLSO

Las preocupaciones giraban ante sus ojos y competían entre sí por hacerse un hueco en su mente, abriéndose paso a codazos si era necesario. Las manos de Victoria se movieron con angustia por las profundidades del bolso, explorando sus paredes y sus cierres, introduciendo sus dedos entrometidos en los bolsillos secretos en los que encontraba objetos que había dado por perdidos. Su bolso era un reflejo del caos que reinaba en su propia vida.

Aceleró el paso mientras las ideas catastróficas desfilaban por su mente: no llegaría a tiempo para coger el autobús, entonces llegaría tarde al trabajo, y la consecuencia de este hecho sería su despido inmediato, lo cual conllevaría que no podría hacer frente al alquiler, y, por tanto, sus compañeros de piso la echarían y pasaría a vivir debajo de un puente; viviría en unas condiciones insalubres y no tendría nada que llevarse a la boca, por lo tanto, o bien moriría por inanición o por alguna enfermedad infecciosa, seguramente víctima de algún virus moderno como el coronavirus.

Y todo eso ocurriría por no coger el autobús correcto a la hora adecuada.

Sintió el sudor frío descendiendo por su espalda, adhiriéndole la camisa a la piel. Se apartó el pelo de la cara y echó a correr mientras una larga lista de enfermedades infecciosas se dibujaba en su mente con una caligrafía enrevesada.

Se detuvo en seco cuando divisó la marquesina a escasos metros de distancia y otro pensamiento se impuso al resto: su cartera. ¿Había cogido la cartera donde tenía todo su dinero y la tarjeta del autobús o la había dejado sobre la encimera de la cocina?

Hundió la mano en el bolso y comenzó a revolver todo su contenido mientras encontraba toda suerte de cosas excepto aquella que la libraría de vivir muerta de hambre debajo de un puente: su cartera.

«No puede ser. No puede ser. No puede ser», se decía una y otra vez mientras su ansiedad se disparaba.

Hundió más la mano, hasta el codo, persistiendo en su búsqueda sin obtener un resultado satisfactorio, así que se adentró todavía más, casi hasta el hombro, y después decidió meter la cabeza para ver si podía atisbar su preciada cartera.

Todo estaba oscuro en el interior del bolso, así que enterró todavía más la cabeza mientras entornaba los ojos, intentando adaptarse a la oscuridad. Se aventuró tanto en su interior, que se cayó dentro.

El presente lo abarca todo, y Victoria empieza a caer, incluso en el bolso hay espacio para las leyes de la gravedad.

Manotea intentando arañar algo a lo que agarrarse, notando las paredes del bolso a ambos lados pero sin conseguir frenar su caída. Victoria se hunde, y, al mismo tiempo, flota, tan sola y a la vez tan mal acompañada por sus pensamientos. Cargada de impotencia, aprieta los dientes con tal fuerza que su aliento apesta a metal: un olor penetrante que rápidamente se extiende.

Un grito escapa de su garganta y el eco rebota contra las costuras del bolso cual animal furioso que ruge deseando ser escuchado. Pero ante el ruido, rápidamente se impone el silencio; el mismo silencio que siembra su mente con asiduidad cual demonio con piel de ángel, acosándola constantemente.

Se bloquea: siente claustrofobia en un lugar que aparentemente es infinito.

Baja. Cae. Se agita. Acaricia la oscuridad y la derrota.

El agujero en su pecho crece y se expande, amenazando con ser tan ingente como el propio bolso.

«Suéltalo», se dice, intentando por todos los medios de hacerse con el control. «Respira. Inspira. Espira.»

Analiza sus preocupaciones de nuevo: el trabajo, las facturas, sus compañeros de piso... y sus problemas se relativizan. Se concentra en respirar, no quiere asfixiarse de nuevo. Sus latidos adquieren un ritmo normal, es una sensación extraña, como si las piezas de su interior comenzasen a encajar formando un mecanismo más complejo, alcanzando un estado de paz.

Y entonces se produce el cambio, y Victoria comprende que en realidad no es débil quien se cae, pero sí es fuerte quien se levanta.

De súbito, la luz, tan hermosa e insospechada, brillante gracias a la oscuridad que la rodea. Victoria choca contra el fondo y, en lugar de quedarse ahí, decide impulsarse hacia arriba, hacia la fuente cálida.

Sube. Se levanta. Se calma. Acaricia la luz y la victoria.

El brillo cegador la obliga a cerrar los ojos. El presente se diluye.

El ruido del tráfico impactó contra los oídos de Victoria. Abrió los ojos: se encontraba en la calle, a escasos metros de la parada del autobús, sujetando el bolso con ambas manos.

Victoria negó con la cabeza y parpadeó, confusa. Todavía sentía el sabor de la sangre en la boca. Observó de nuevo el bolso como si este fuese a hablarle, pues nada le había parecido real. Miró furtivamente a su alrededor y comprobó que el mundo seguía girando: nadie se había percatado de su crisis, de su caída, de aquella angustia que la devoraba y la hacía ahogarse en sus propios pensamientos e inquietudes.

El bolso tenía un único bolsillo externo en la parte delantera. Victoria abrió la cremallera y allí encontró la cartera.

Se encaminó hacia la parada del autobús, esta vez con calma, recordando respirar. Al fin y al cabo, seguramente no acabaría viviendo debajo de un puente y muriendo trágicamente por culpa del coronavirus si perdía aquel dichoso autobús.